

¿Por qué la Internacional Socialista apoya al FDR?

La pregunta la han formulado políticos de diversas tendencias. ¿Por qué la Internacional Socialista, con sede en Londres, divergente de la postura de los partidos comunistas alineados en la III Tercera Internacional con asiento en Moscú, apoya al Frente Democrático Revolucionario de El Salvador en la instauración de un nuevo régimen en el país? ¿Por qué un foro de partidos social-demócratas, socialistas democráticos y socialistas a la europea han expresado solidaridad a la causa de liberación nacional de El Salvador?

En primer lugar habría que indicar que los sucesos políticos y sociales de Centro América, y en particular de El Salvador, han trascendido las fronteras y se han insertado en la corriente de opinión mundial. El drama de la nación salvadoreña se ha vuelto inocultable. Se le estudia y analiza en el contexto de los pueblos subdesarrollados y dependientes, como expresión de una realidad atroz que debe cambiar en razón de imperativos éticos y políticos.

El caso de El Salvador, donde una minoría ha detentado y sigue detentando el poder económico en detrimento de la mayoría de la población que vive en la penuria, la marginalidad y el hambre, es motivo de largas e intensas polémicas respecto al modelo precapitalista dependiente. Expertos y neófitos de todo el mundo se interrogan sobre la crisis de una nación latinoamericana que tras años de lucha contra la opresión y la ignominia ha empuñado las armas para reclamar por la vigencia de los derechos humanos. La desintegración social, el desequilibrio entre las clases, el opresivo sistema político, la negación a

elementales principios de convivencia humana, ha aflorado en momentos en que el pueblo salvadoreño replantea la necesidad de cambios fundamentales que le permitan a su densa población emerger del atraso y situarse en el concierto internacional como una sociedad nueva, al amparo de una escala de valores que no sean ya la acumulación y el privilegio, sino la justicia y la libertad. El caso de El Salvador, agudizado por la pequeñez del territorio, con una de las más altas tasas demográficas y uno de los índices de desnutrición más elevados del mundo, ha captado el interés y la preocupación de otros pueblos.

Como no podía ser de otra manera, la Internacional Socialista ha estudiado a fondo la problemática y ha llegado a la conclusión de que la sociedad salvadoreña requiere de una reestructuración a fondo en el orden económico y social, a riesgo de que si no se reforma en profundidad, la situación a mediano plazo será más desesperante para todas las capas sociales del país. Esta observación se basa en hechos objetivos tales como la concentración de la tierra en muy pocas manos, estancamiento del modelo económico agro/exportador al no poder ampliarse, incapacidad de generar el empleo que la población demanda, marginalidad y pobreza de los sectores mayoritarios del pueblo, quienes no tienen acceso a los bienes que producen. Eso en cuanto a la cuestión social. Respecto al sistema político, la Internacional Socialista ha comprobado plenamente que El Salvador carece de una democracia representativa auténtica, real, dado que la soberanía popular es violentada cada cierto tiempo mediante burdas "elecciones" por medio de las cuales siempre es

“confirmado” el candidato de la oligarquía y del ejército.

La historia más reciente de El Salvador indica que los problemas de inconformidad de las masas se han resuelto por cuartelazos o golpes militares, cuyo objetivo principal es escamotear a los movimientos populares el derecho de acceder al poder político por la vía electoral. En este sentido es conveniente ponderar que al mismo Partido Demócrata Cristiano, ahora en el gobierno, le fue robado el triunfo en 1972 y 1977 cuando unido con el MNR y el UDN participó en las elecciones presidenciales de esos años. La enseñanza a nivel de conciencia de las masas es que los gobiernos militares, incluyendo los de facto como el actual, representan una tendencia antidemocrática, excluyente y autoritaria, dentro de la cual sólo cabe la “elección” de gobernantes procedentes del ejército. En cincuenta años, únicamente ha habido un civil de Presidente de la República por un período de un año; todos los demás han sido miembros de las Fuerzas Armadas. La jefatura del gobierno, en el caso específico de El Salvador, significa el control del partido oficial, la comandancia general de la FFAA, la capacidad de quitar o poner a los diputados de la Asamblea Legislativa y de designar a los magistrados de la Corte Suprema de Justicia, en razón de que todo el poder gubernamental reside en una persona y en el pequeño grupo que la rodea. El presidencialismo es una enfermedad crónica, unida a la desesperante situación en que se desenvuelven millones de trabajadores. Se trata, además, de un presidencialismo corrupto e incapaz. Durante muchísimas décadas en El Salvador no ha habido elecciones libres para elección de alcaldes, diputados y presidentes de la república. El fraude, el engaño, el control y dominio de los medios de comunicación al servicio del sistema político imperante, han generado una carga de frustración y desconfianza sobre los métodos, formas y medios electorales, de manera que la falta de credibilidad hacia las instituciones del Estado es un hecho comprobable a la luz de la experiencia histórica. Hablar de elecciones es recordar farsas, cuando no trági-comedias, especialmente cuando las condiciones de democratización no se han potenciado y lejos de ello el país se halla involucrado en una virtual guerra civil.

Si la estructura económica requiere de cambios fundamentales a los cuales siempre se ha opuesto la empresa privada, y si el sistema político imperante debe ser reemplazado por una

verdadera sociedad civil resguardada por un ejército institucional, alejado de las intrigas políticas, no vemos cómo se puedan olvidar las realidades nacionales y se eche la culpa de lo que pasa a la Unión Soviética, a Cuba, al comunismo internacional, sin sospechar que el discurso gubernamental trata de volver blanco lo negro.

Si hemos de ser honestos, la intervención en El Salvador no proviene de Nicaragua, ni de Cuba ni de la URSS. Proviene de los EEUU que por largos años ha asistido económica, política y militarmente al sistema salvadoreño, cruzándose de brazos ante las demandas de las clases desposeídas y en contubernio con los empresarios agrícolas retrógrados, con los grupos industriales y financieros despreocupados de la política en favor de las masas y, desde luego, apadrinando a las tiranías militares por lo que ellas han representado para los intereses norteamericanos en el país. cualquier acción política, la más mínima que se haya efectuado contra el poder oligárquico-castrense, ha sido calificada de comunista por el Departamento de Estado, vedando así al pueblo salvadoreño su capacidad, su decisión y su poder de lucha frente a la oligarquía y su brazo armado. El hecho mismo de que el golpe militar del 15 de octubre de 1979, se haya “derechizado”, a grado tal de que se han neutralizado las reformas y no así la represión sistemática en contra de obreros, maestros, estudiantes y campesinos, obliga a pensar que el ejército que proclamó los cambios está otra vez a merced del gran capital. Eso reflejan los hechos, dentro y fuera del país.

La política del garrote en El Salvador ha dado como fruto el actual conflicto que, además de los ingredientes de reivindicación socio-económica, ofrece una modalidad de lucha armada que la oligarquía y el ejército no pensaron jamás que se presentaría. De manera que no es nueva la actitud de los políticos derechistas de Washington respecto a proteger como sea a la empresa privada y al ejército represivo; antes lo hicieron y hoy, con mayor razón, se aprestan a dar un apoyo que sextuplica en un año la asistencia militar de los últimos diez años.

El problema social de El Salvador y su evolución es visto de distinta manera por la Internacional Socialista y por el Departamento de Estado. En tanto para la IS se trata de establecer un gobierno democrático revolucionario con apoyo en las masas para hacer los cambios sociales y establecer y proteger los derechos civiles y políticos

de los salvadoreños, para los interventores norteamericanos la cuestión es sostener al ejército y a su aliado circunstancial (la DC) en un proceso desnaturalizado por la eliminación física de veinte mil ciudadanos y de una serie de actos criminales no esclarecidos, como son los asesinatos de Monseñor Oscar A. Romero, seis dirigentes del FDR, cuatro monjas norteamericanas, dos asesores de esa misma nacionalidad y más de un millar de maestros, profesionales, técnicos, obreros urbanos, que, luego de desaparecer o sufrir torturas en cárceles clandestinas, han pasado a ser cadáveres enterrados en pueblos y caminos.

La Internacional Socialista ha entrevisto que en el FDR hay una alternativa de solución al problema. No sólo porque en tal instancia política se hallan aglutinados 14 organizaciones de diferentes tendencias, sino porque una de tales entidades es el Partido Movimiento Nacional Revolucionario (MNR), cuya naturaleza socialista-democrática constituye una garantía de que la plataforma programática y el programa de gobierno del FDR no serán desnaturalizados a la hora de pacificar y reconstruir el país.

La Internacional Socialista no está conformada por partidos ingenuos, desinformados, sino por institutos políticos de larga experiencia en la escena europea. Conocen bien lo que es América Latina. Saben de las dictaduras civiles y mili-

tares y están conscientes de la complejidad del subdesarrollo y la dependencia. No puede decirse que la IS está ciega frente a los hechos sociales y económicos de El Salvador o que se la haya engañado por unos cuantos líderes salvadoreños.

La Internacional Socialista sabe que el FDR es una instancia política pluralista y que el FMLN es una alianza de fuerzas izquierdistas armadas que no están proponiendo la instauración en el país del marxismo leninismo, sino de un gobierno democrático-revolucionario, a la búsqueda de que sea el mismo pueblo salvadoreño el que decida su destino histórico. La IS ha sido clara en proponer salidas políticas negociadas al conflicto global del país, sin que el gobierno demócrata cristiano y el ejército hayan respondido positivamente a las propuestas de mediación, diálogo o negociación entre las partes involucradas en la guerra civil.

La Internacional Socialista apoya al FDR por convicción democrática, solidaridad con un pueblo tantas veces frustrado en elecciones arregladas, y porque estima que sólo las reformas sociales profundas y la implantación de la democracia, pueden devolver a El Salvador la paz y la racionalidad necesarias para pacificar los ánimos y reconstruir, sobre nuevas bases y valores, la sociedad salvadoreña.

E. A.

